

Del surco a la guitarra

Benjamín Muratalla

Isaías Alanís, *La música de Guerrero. Del surco a la guitarra, conjuro y memorial*, Chilpancingo, Gobierno del Estado de Guerrero (Hojas de Amate), 2005, 713 pp.

Verdadero desafío enfrentó Isaías Alanís al escribir este voluminoso libro acerca de la música del estado de Guerrero; me pregunto sobre cómo comenzó su primera hoja con tan amplio cúmulo de datos. Imagino que algo similar les sucede a los fotógrafos cuando ante sus ojos aparecen tantos paisajes hermosos, con sus enormes caudales de luz, y sus respectivas sombras y penumbras; o al pintor, cuyo lenguaje también es la luz que se presenta fragmentada en mil colores, desafiando su capacidad creativa para resolver su obra, como una síntesis de tan rica complejidad.

Comentar el libro de Isaías Alanís es un verdadero reto, no tanto por el volumen de su contenido sino por la interesante y generosa información que nos ofrece, colocando en nuestras manos la clave para redescubrir una multitud de pueblos y de gentes que han hecho de la música y la danza una razón fundamental de su existencia.

De muchas maneras se intuye la musicalidad de aquella región sureña; existen bastantes indicios que

dan cuenta de lo hábiles que son los guerrerenses para expresar sus sentimientos y vivencias a través de la música, pero cuando se tiene frente a sí tan desbordante compendio de géneros, danzas, instrumentos, músicos, intérpretes, anécdotas y lugares, es incontenible el asombro por parte del lector, al descubrir que en este pedazo de patria ha existido y existe tanta música y tanta gente que la recrea, la vive y la goza.

Considero pues que éste es uno de los principales méritos —¡her-



moso mérito!— del libro de Isaías: haber logrado reunir en este ejemplar la inconmensurable musicalidad del estado de Guerrero; y eso que sólo es el primer volumen de los tres que promete.

Indiscutiblemente, el libro *La música de Guerrero. Del surco a la guitarra, conjuro y memorial* es un exhaustivo trabajo que revela no sólo el inmenso amor de su autor hacia esa tierra que ha adoptado como suya, sino también toda una vida de esfuerzos por recopilar

materiales: testimonios, entrevistas, anécdotas, libros, transcripciones, partituras, grabaciones, cancioneros, artículos, ensayos, fotografías, entre otros, mismos que ha sometido a un intenso análisis, donde también deja entrever —sin proponérselo, como él mismo lo menciona— sus dotes de analista crítico del contexto social e histórico donde germina la música y la danza. Y es que Isaías no hubiera podido desligar la música del contexto que la produce; de haberlo hecho, el resultado hubiera sido sólo un frío compendio de datos, pues el ingrediente que enriquece la obra de Isaías es precisamente su análisis crítico; porque realmente la música es una forma de expresión del acontecer histórico y de las múltiples maneras de ver la vida que coexisten en Guerrero, como en cualquier otro lugar del mundo.

Pero quisiera regresar al título, detenerme unos momentos en esta parte de la obra. Seguramente a Isaías —como es muy probable que les suceda a la mayoría de autores— elegir el título no le resultó sencillo, pues al hacerlo debió haber considerado distintos criterios: por ejemplo que fuera llamativo, sugerente; que hiciera referencia a la temática desarrollada; que compitiera con ventaja con los demás títulos en los estantes de las librerías; quizá que fuera rigurosamente técnico o bien metafórico, ¡hasta poético!, diría. De lo que sí estoy seguro es que la elección del título es determinante para llamar la atención de los posibles lectores. El título así, se convierte en el res-

quicio más importante por donde el público puede atisbar no sólo el contenido del libro, de las historias que se urden, sino incluso de la misma interioridad de su autor, de sus vivencias, anhelos y sueños, en pocas palabras, de su mundo.

Partiendo de este presupuesto, el título del libro de Isaías revela no sólo el contenido del mismo, sino una intencionalidad muy particular de su autor. Véamos: *La música de Guerrero. Del surco a la guitarra, conjuro y memorial*, se forma por tres partes: *La música de Guerrero*, que refiere una intención integradora, de abarcar esta relación dada legítimamente entre la música como expresión humana y una entidad geográfica, histórica y cultural, Guerrero, un estado, un pueblo, un conglomerado humano que se reconoce unido, identificado, cohesionado, representado por la música en su connotación de pluralidad, es decir, de diversidad porque en realidad la música de Guerrero debe entenderse como: “las músicas de Guerrero”.

La segunda parte del título: *Del surco a la guitarra*, nos remite al contexto primordial; el lugar —espacial y temporal— donde se genera la música como a la propia inspiración de quienes ahí habitan. Del surco a la guitarra; lugar de origen, donde las semillas germinan; lugar de cultivo para dar alimento y vida; lugar de campesinos, de tierra, de raigambre, de frutos, de oficio milenario y de gremio; lugar ligado estrechamente con la naturaleza que propicia seres humanos y relaciones sociales especiales;

lugar que huele a campo, a hierba, a bosque, a agua, a esfuerzo cotidiano; lugar donde vive también la incertidumbre, el despojo y la lucha, pero también la fe y la ritualidad.

De todo este contexto se configura el perfil emocional del hombre de campo; el temple agreste y rudo, sensitivo o tierno que se vuelca en múltiples expresiones donde la música y la danza obtienen privilegio.

Del surco a la guitarra: un salto cualitativo de la esencia a la forma de expresión; o lo que es lo mismo, la música de la gente del campo.

La tercera y última parte del título: conjuro y memorial, son palabras que encierran la petición suplicante de que no se olvide esta faceta, este perfil, este compendio, esta riqueza, este modo de expresarse de la gente de Guerrero. Y al decir la gente de Guerrero se rompen sus fronteras geopolíticas, se hace referencia a una identidad que rebasa límites, que se extiende más allá de lo imaginable, aunque la raíz siga existiendo en ese terruño sureño, pues en Guerrero caben todas las historias del mundo, y también de él salen hacia el mundo todas las historias posibles.

La música de Guerrero. Del surco a la guitarra, conjuro y memorial, indiscutiblemente es un título que vincula acertadamente su contenido y su pretensión. Pero este libro es también —juízo de lo más destacado— un reconocimiento a muchos de los creadores y recreadores del alma musical guerrerense, que Isaías

Alanís nos propone a través de esa incursión en archivos, colecciones, entrevistas y recopilaciones propias, que su vagancia bohemia e intelectual ha producido.

Cada uno de los testimonios de los músicos investigados contiene fragmentos de identidad personal y regional que, como coloridos hilos, Isaías entreteje para mostrarnos una parte del hermoso entramado de creatividad que hace ser al guerrerense mediante la música.

Sones, corridos, chilenas y boleños son algunas formas que han adoptado los compositores sureños y que, de su propia boca o de la indagación documental, Isaías nos comparte al darnos a conocer sus motivos, causas, razones y sinrazones que los condujo a crear la generosa música que de ellos se recopila.

Muchos de estos músicos, efectivamente, nutrieron su inspiración de manera directa de las vivencias campesinas, otros en cambio salieron del campo y anduvieron por las ciudades, por otros rumbos, adquiriendo otro tipo de experiencias, ya sea en academias de música o conservatorios, ya sea en centros nocturnos, tabernas, ferias o palenques; experiencias que, conjuntándolas a su ser guerrerense, fueron motivo de significativas y entrañables composiciones que integran este memorial.

Dentro del primer grupo, Isaías nos reseña la vida de don Juan Bartolo Tavira, oriundo de la Tierra Caliente que comparten Guerrero y Michoacán; hombre que supo recoger la tradición musical de su región, recreándola a través

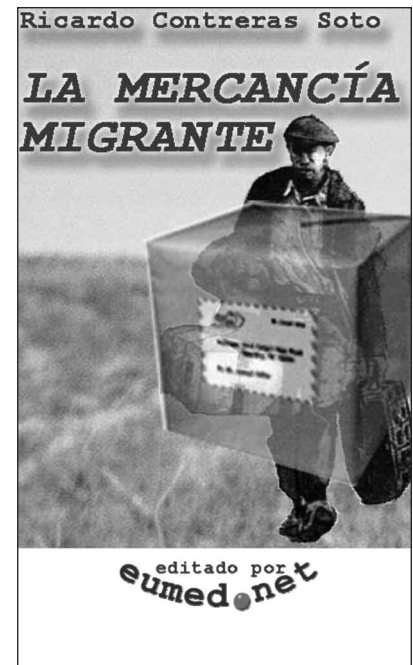
de piezas tan famosas como “El gusto federal”, “El maracumbé”, “El toro de once” y “La tortolita”, entre otras. Otro músico de este primer grupo, tan ligado al sentir campesino, es don Isaías Salmerón Pastenes, nativo de Tlapehuala y muy amigo de Lázaro Cárdenas, quien nos cuenta haber estado involucrado en una serie de mitos muy dados por esas tierras; se decía que tenía pacto con el diablo al ser dueño de un violín encantado, que le otorgó tan fructífera inspiración para componer diversidad de sonos, gustos, valsos, shotises y polkas. Otro más, de raigambre netamente campesina, es don Celedonio Serrano Martínez, nacido en Puerto de Allende, Tlalchapa, de la misma zona, y autor de varios corridos y algunas bolas surianas. Don Celedonio —documenta Isaías Alanís— fue más conocido por sus investigaciones sobre la música guerrerense, entre las que destacan “La copla popular guerrerense”, “La bola suriana” y “El corrido mexicano no deviene del romance español”.

En este desfile de notables no podían faltar don Juan Reynoso Portillo y don Félix Aponte, y sobre todo la figura de doña Catalina Noyola, radicada en San Nicolás Tolentino, en la Costa Chica, extraordinaria versadora, depositaria de una legendaria tradición regional vinculada al son de artesa, expresión dancística musical que distingue a la población afroestizada de esa amplia área cultural que comparten Guerrero y Oaxaca.

El segundo grupo de músicos regionales, que Isaías Alanís incluye en su libro, se caracteriza —según mi particular punto de vista— por haber incorporado de manera destacada estilos y corrientes musicales, en muchos casos retomados de los medios de comunicación —como la radio, la televisión y el cine— a la sensibilidad regional. Son los casos de Agustín Ramírez, Beto Bermúdez y Manuel Aguirre Salgado; también les dedica espacio a los compositores oaxaqueños Álvaro Carrillo y al chilenero Chante Vielma, por haber nacido en la Costa Chica, del lado oaxaqueño.

La música de Guerrero. Del surco a la guitarra, conjuro y memoria, es una reunión de veintinueve historias, veintinueve charlas, veintinueve músicos que Isaías Alanís nos comparte en este volumen. Casi todos ellos de la Tierra Caliente y de la Costa Chica, en una obra que se caracteriza no sólo por compendiar tan amplia y profunda información biográfica de los músicos, sino por asociar esas vidas, esas historias, esas músicas, al devenir histórico que las coloca injustamente en el olvido o, como ahora, que las refrenda en la memoria escrita.

Con un estilo ágil, sencillo, coloquial y apasionado, Isaías Alanís nos entrega el primer volumen que integra un trabajo muy amplio, que vale la pena tener en cuenta como una de las fuentes ineludibles para acercarnos más a la música de Guerrero.



Ricardo Contreras Soto, *La mercancía migrante*, Málaga, Eumed.net, 2007.

El tema se centra en la exploración de los sistemas de coacciones en los procesos de inserción en el mercado laboral que experimenta el migrante mexicano laboral, dentro de los procesos de circulación como mercancía, bajo el enfoque teórico de la escuela del sistema mundial de Wallerstein y considerando la subjetividad de los migrantes donde el trama inicia en la genealogía de las “necesidades económicas” y los problemas que hay en los países periféricos como factores de expulsión, para acudir al recurso de la migración y ponerse en circulación para buscar trabajo en el centro, dentro de la compleja configuración de la división internacional de trabajo.